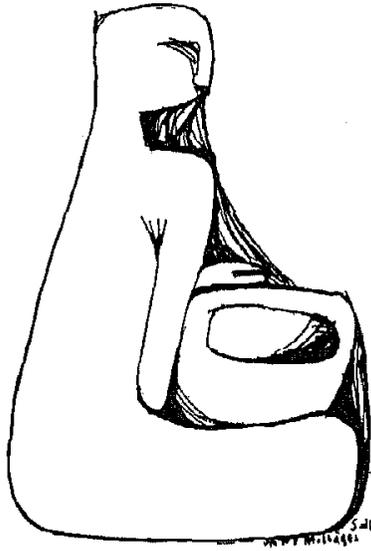


# TEATRO



*No hay teatro de arte ni arte del teatro;  
hay, sencillamente, teatro.*

JOSÉ BERGAMÍN

¡VIVA LA VIDA!

## PERSONAJES

DON SIXTO	.	.	.	.	60 años.
PILAR	.	.	.	.	24 años.
SOLEDAD	.	.	.	.	25 años.
MIGUEL	.	.	.	.	30 años.
LA ABUELA	.	.	.	.	90 años.

*La alcoba de doña Rita. En el fondo, un gran balcón que da a la plaza principal del pueblo. A la izquierda, un catre de madera con las cortinas cerradas. En él yace el cadáver de la vieja doña Rita entre cuatro cirios, dos a la cabecera y dos a los pies. En un sillón, de espaldas al espectador, duerme la abuela, vieja decrepita de más de ochenta años. Sólo se percibe su brazo descarnado, envuelto en el rosario.*

*Alrededor de una mesa, en el centro de la alcoba, don Sixto y su sobrina Soledad. Un poco más lejos Pilar y su novio Miguel.*

*Las tres de la mañana. La velada fúnebre toca a su fin. Los cristales cerrados del balcón dibujan un hueco de sombra. Es la noche que reina afuera, sin un rumor, sin una estrella, en el valle cercado de montañas desde cuyas cumbres se divisa, muy lejana, la raya azul del Atlántico.*

*Don Sixto y Soledad se ocupan en hacer el inventario de los papeles y alhajas de la difunta. La mesa está cubierta de paquetes, de legajos, de cajitas de madera y cartón. En los intervalos de silencio se oye el leve chisporroteo de los cirios y el toque de la brisa en los cristales del balcón.*

DON SIXTO.—(Continuando el inventario.)

...Unos pendientes de filigrana con perlas... Un guardapelo de oro con su cadena del mismo metal, al parecer... Dos pulseras macizas esmaltadas de rubíes... Todas estas prendas antiguas, sin otro valor que el de la primera materia. Lo que es alhajas modernas, encontraremos muy pocas... ¿Has tomado nota, Soledad?

SOLEDAD.—Sí, señor.

DON SIXTO.—Pues adelante. Un libro de misa con tapas de marfil... Un rosario con cuentas de ébano y cruz de plata.

SOLEDAD.—El que usaba todos los días para rezar en la iglesia. Paréceme que estoy viendo sus dedos, aquellos dedos tan delgados y tan amarillos, repasando las cuentas, ante el altar de la Virgen de los Dolores.

DON SIXTO.—Ahora, otra cosa. Después de lo sagrado, lo profano. Unos gemelos de teatro con su bolsita de terciopelo carmesí.

SOLEDAD.—A ver los gemelos... ¿Sabe usted que son preciosos, tío?

DON SIXTO.—No interrumpas, sobrina. Tenemos aquí mucho trabajo y quiero que al amanecer quede terminado el inventario.

SOLEDAD.—Pero, ¿cómo? ¿La tía Rita estuvo alguna vez en el teatro?

DON SIXTO.—¿Y tú, te figuras acaso que mi cuñada Rita fue siempre tal como la conociste, una vieja amarilla, vestida de hábito del Carmen, metida entre curas y sacristanes? Estas muchachas se imaginan que la juventud es algo que a ellas pertenece exclusivamente, un tesoro que nadie antes que ellas poseyó. No, hija. La juventud, antes que tuya, fue de otras... de muchas... y cuando tú la pierdas, otras la recogerán... Sigamos, sigamos nuestra tarea. A ver, ocúpate en ensartar en un hilo todas estas perlas sueltas, no vaya a perderse alguna, mientras yo examino lo que contiene este paquete que aún no está inventariado. ¡Cómo pesa! ¿Qué habrá dentro de él? *(Sin abrirlo, prolongando el placer infantil de imaginarse el contenido.)*

SOLEDAD.—Ábralo usted de una vez, tío.

DON SIXTO.—Te obedezco, sobrina. *(Abre el paquete.)* ¡Monedas de oro! ¡Onzas, hijas mías! ¡Pilar, y tú, Miguel, acercaos!

MIGUEL.—¡Qué hermosas piezas!

DON SIXTO.—De las que ya no se ven. Estas proceden sin duda de la herencia de Saturnino, el indiano. Alegraos, muchachas. Habrá dote, dote para las dos.

PILAR.—Para las dos. ¿Entiendes, Soledad?

DON SIXTO.—Ya lo creo que entiende. Para Julián estas monedas de oro representan mucho más que el grado de comandante. (*Calculando rápidamente.*) ¡Más de treinta mil pesetas! Y las que han de aparecer aún. Registraremos hasta los últimos rincones. (*Contemplando las monedas.*) La onza es el sol del sistema monetario, el duro no pasa de ser la luna. ¡Abuela, abuela, ya aparecieron las onzas de su hijo Saturnino, el indiano!

SOLEDAD.—No la llame usted, tío. La pobre se ha dormido, rendida de cansancio.

DON SIXTO.—(*Con entusiasmo.*)

¿Y la finca de los Laureles? ¿Y esta casa, una de las más sólidas y mejor construidas del pueblo, como que fue obra del mismo Saturnino, el indiano? Esta casa ha sido para nosotros la solución de un problema... La morada del nuevo matrimonio, sin que nada le falte, ni aún la batería de cocina.

MIGUEL.—(*En voz baja a su novia.*)

Dime, Pilar, ¿te seduce la idea de vivir en este viejo caserón?

PILAR.—No mucho.

MIGUEL.—¡Cuánto mejor sería para nosotros una casita blanca, alegre, prendida allá arriba, entre ramas verdes, en lo alto de la cuesta! ¡Estrenar una casa en la que nadie antes que nosotros haya vivido, virgen de todo suspiro, de todo estremecimiento de amor o de muerte!

PILAR.—Rodeados de muebles que empiecen a vivir con nosotros, que antes no hayan servido a nadie y no evoquen a cada instante la imagen del antiguo dueño, que pasó para nunca más volver.

DON SIXTO.—¡Al fin!

TODOS.—(*Con sobresalto.*)

¿Qué?

DON SIXTO.—Nada, nada... No pude contenerme. ¡Silencio! Respetemos el sueño de la abuela y el otro, más profundo, de la que duerme allí, detrás de las cortinas... ¡Era esto, el reloj! ¡El reloj de oro! Al fin apareció. Ya me extrañaba no encontrarlo. Temía yo

que las criadas... ¡Cómo me acuerdo de esta alhaja! Se la regaló a vuestra tía, que en paz descansa, un novio que tuvo allá por el año 37, un ingeniero civil que tocaba muy bien la guitarra... La estrenó un día de Corpus.

SOLEDAD.—(*Tomando el reloj.*)

Está parado; pero allá, en otro tiempo, ¡cómo palparía alegremente, señalando el paso leve y fugitivo de las horas..!

PILAR.—Entonces la tía era una muchacha como nosotras.

DON SIXTO.—Seguro. Una muchacha como vosotras, blanca, rubia, con tirabuzones. Un tipo de mujer del norte, interesante. (*Examinando el reloj.*) Parece hallarse en buen estado de salud... A ver... Falta la llave. ¿Dónde estará la llave? Soledad, mira... allí en el cajón de la mesa de noche.

SOLEDAD.—(*Vacilando.*)

Tío...

DON SIXTO.—¿Tienes miedo? Tonta, tonta, tenerle miedo a los muertos. ¡Pobres muertos! (*Se dirige a la mesa de noche.*) ¡Cómo duerme la abuela! (*Vuelve con la llave.*) Aquí está. Démosle nueva vida. (*Le da cuerda al reloj.*) Ya le tenemos otra vez saltando y brincando como un chiquillo. Si con nosotros, los relojes de carne y hueso, pudiera hacerse otro tanto... Sigamos, sigamos nuestro trabajo. Paréceme, Soledad, que los párpados empiezan a pesarte. Ánimo, que la noche pronto se acaba.

(*Continúa el inventario.*)

PILAR.—(*A Miguel.*) Pero, ¿por qué no nos habías dado antes la noticia?

MIGUEL.—No sé. La agonía tan larga y tan triste de esa pobre mujer... después la muerte... La verdad es que la noticia se me borró enteramente de la memoria y sólo la recordé hace un momento, cuando tu padre habló de Julián.

PILAR.—¿Y será cierto?

MIGUEL.—No se habla de otra cosa en el pueblo.

PILAR.—¡Qué alegría! ¿Y cuándo llegarán?

MIGUEL.—El batallón entrará en el pueblo al amanecer.

PILAR.—Si Soledad lo supiera...

MIGUEL.— De modo que Julián...

PILAR.—De seguro. Vendrá con el batallón.

MIGUEL.—Pero ellos deben saberlo.

PILAR.—Sí, lo saben; pero creen que el batallón no llegará hasta la semana entrante. Así lo dice Julián en su última carta. Nos ha engañado. Quiere darnos una sorpresa.

MIGUEL.—Entonces, nada debemos decirles.

PILAR.—No; guardemos para nosotros la noticia, la gran noticia... ¡cuánto tarda en amanecer!

DON SIXTO.—Toma nota de esto, Soledad. Un guardapelo de oro... Tres sortijas con brillantes... Una peineta adornada con perlas... Habrá que hacer un justiprecio escrupuloso para que el inventario sea una verdad. Aunque entre vosotras no podrá haber discusiones. Dos herederas, partes iguales.

SOLEDAD.—¿Se acabaron las alhajas?

DON SIXTO.—Sí. Y lo siento, porque ahora nos toca el examen de los papeles, tarea más que aburrida, sobre todo a estas horas. A ver, dame ese legajo. (*Hojeando los papeles.*) Escrituras, contratos de arrendamiento... Todos de fecha muy atrasada. Confieso que me faltan las fuerzas para leer todo esto con calma. A ver ese otro... recibos de contribución... cédulas personales... ¡Cuánta hojarasca..! ¡Qué manía de guardar papeles viejos e inútiles! (*Bostezando.*)

SOLEDAD.—¡Oh, tío! Si usted supiera...

DON SIXTO.—¿Qué hay?

SOLEDAD.—¡Qué cosa tan extraña! ¡Pobre tío!

DON SIXTO.—¿Qué lees ahí?

SOLEDAD.—Escuche. (*Leyendo.*) «Mi adorada Rita: ¡Qué momentos tan deliciosos los del baile de ayer! Mi brazo alrededor de tu talle redondo y flexible, tu corazón palpitando junto al mío, tu aliento perfumado...»

DON SIXTO.—¡Las cartas del ingeniero!

SOLEDAD.—...tu aliento perfumado sobre mi rostro.»

DON SIXTO.—Dame acá, niña... Sí, es el mismo. Aquí está la firma... Jorge. Se llamaba Jorge. Parece que le estoy mirando. Era un hombre delgado, moreno,

tristón, con bigote y perilla muy negros y muy rizados.

PILAR.—El talle redondo y flexible... el aliento perfumado...  
¡Pobre Rita!

DON SIXTO.—Si llegas a los sesenta y pico, como ella, ¿qué dirán tus herederos de las cartas de Miguelito?

PILAR.—Las quemaré todas.

SOLEDAD.—(*Que ha continuado el registro de los papeles.*)  
¡Una flor marchita, casi convertida en polvo!

PILAR.—Parece un clavel.

MIGUEL.—Es un clavel, en efecto.

SOLEDAD.—Veamos lo que dice este papel amarilloso en que está envuelto. (*Leyendo.*) «Recuerdo de una tarde de primavera, 12 Abril 1837.»

DON SIXTO.—No hay que olvidar que la juventud de tu tía fue la época de esplendor de aquel famoso romanticismo.

PILAR.—¡Recuerdo de una tarde de primavera!

MIGUEL.—Este pedazo de hojarasca, amarillo y seco, fue un clavel rojo y perfumado, la tarde aquella, la tarde de primavera. ¡12 de Abril de 1837!

SOLEDAD.—Aquí aparecen otras cartas... una declaración amorosa... (*Leyendo.*) «...Mi distinguida señorita: desde aquel momento inolvidable en que tuve la dicha de verla...»

DON SIXTO.—¡Ya! Esa debe ser del marido, de aquel infeliz Policarpo, que fue pedestre y ramplón toda su vida.

SOLEDAD.—De modo que el ingeniero. .

DON SIXTO.—El ingeniero se marchó a Filipinas, y cuando volvió, ya tu tía estaba casada con Policarpo, con el vulgarísimo Policarpo.

SOLEDAD.—Otro paquetito, atado con cinta azul... aún conserva un perfume bastante fuerte.

DON SIXTO.—Huele a *patchouli*... es claro.

SOLEDAD.—Son del mismo... del ingeniero Jorge. ¿Ve usted la firma? «Tu Jorge.» (*Leyendo.*) «Mi adorada Gretchen:» ¡La llamaba Gretchen! «¿Me esperarás esta noche, di? Te lo ruego, te lo exijo. Deja abierto, como siempre, el balcón de la plaza...»

DON SIXTO.—¿Cómo es eso? Niña, trae acá. No vuelvas a

leer papel alguno, sin que antes yo lo examine. (*Leyendo la carta.*) Sí, sí. No hay duda... Ésta es del año 42... ¡Infeliz Policarpo..! Dame todo el paquete. Mañana haremos una hoguera con todos estos despojos. (*Para sí.*) ¡El balcón de la plaza! ¡Es aquel balcón! El mismo en que cogió la pulmonía. Entró la muerte por donde antes entraba el amor. (*En voz alta.*) A ver, Soledad, alcánzame ese otro legajo... Dame papel tras papel... A ver si es posible establecer el orden en esta confusión... ¿Cómo dice el rótulo?

SOLEDAD.—«Títulos de propiedad de la finca de los Laureles.»

DON SIXTO.—¡Oh! Esos documentos tienen mucha importancia. Ponlos aquí. Los dejaremos para mañana. Otro paquete... ¿Por qué me miras así, tan afligida? ¿Tienes sueño? Pues yo también.

PILAR.—(*A Miguel.*)  
¿Qué hora es?

MIGUEL.—Cerca de las cuatro.

PILAR.—¡Cuánto tarda en amanecer!

MIGUEL.—Dentro de muy poco sonarán las campanas del alba.

PILAR.—Y al alba llega el batallón... y Julián.

MIGUEL.—¿Sabes lo que se dice? Que al entrar en el pueblo la banda tocará el himno famoso de ese músico... no recuerdo el nombre... alemán o francés, de que tanto se habla.

PILAR.—¡Ah sí, el himno de Maetzen, VIVA LA VIDA!  
¡Cuánto tarda en amanecer!

DON SIXTO.—¡Cuánto papelucho! Aquí están los documentos del famoso pleito sobre la Capellanía de Ortiz. (*Leyendo los rótulos.*) Alegato de bien probado... Arbol genealógico... Fallo en primera instancia... (*Habla cada vez con más lentitud. Soledad le alarga automáticamente los papeles. Ambos luchan con el sueño.*)

PILAR.—(*A Miguel.*)  
¿Oyes?

MIGUEL.—¿Qué?

PILAR.—Me parece oír allá abajo, lejos, muy lejos, como

si del horizonte viniese, una vibración diminuta, difundida en el silencio de la noche... ¿Oyes..? Como el temblor de una moneda sobre una bandeja de plata... ¡El toque de las cornetas!

MIGUEL.—(*Prestando oído.*)

No, no es el toque de las cornetas; es una palpitación ligerísima... ecos de la noche que se acaba, rebullicio de la vida que comienza... tal vez el tic-tac del molino de la Virgen o la campanilla de una oveja perdida en el monte bajo.

PILAR.—Ahora nada se siente.

MIGUEL.—Tu padre se ha dormido.

PILAR.—Soledad también.

MIGUEL.—Están rendidos de cansancio. (*Silencio.*)

PILAR.—Duerme tú, si quieres.

MIGUEL.—No, no puedo dormir. ¡Si supieras cuánto he sufrido esta noche! ¡Esa pobre mujer! ¡Cómo hemos profanado la intimidad de su vida, registrando con curiosidad indiferente y burlona los secretos de su alma, las cartas del hombre amado, las flores que besaron sus labios, los recuerdos luminosos afanosamente contemplados en horas de soledad y de melancolía!

PILAR.—¡Y ella y él fueron jóvenes como nosotros, fuertes, animosos, como viajeros que al comenzar la jornada nada saben de las asperezas del camino, de las cuestas fatigosas, de las quemaduras del sol!

MIGUEL.—Alguien quizás, cuando nosotros muramos, entrará también como dueño en el hogar en que arrieron nuestros amores y arrojará las cenizas por la ventana.

PILAR.—Y se repartirán todo lo nuestro, los muebles, las ropas que aún guardarán el calor y la huella de nuestros cuerpos.

MIGUEL.—Los dos estamos tristes. Es la noche que nos rodea, la muerte que allí yace, el sueño inmenso de la tierra hundida en las tinieblas. Al salir el sol volverá a nosotros la alegría y el ansia de vivir.

PILAR.—¡Cuánto tarda en amanecer!

MIGUEL.—¡Qué silencio! Sólo se oye el chisporroteo ligero de los cirios.

PILAR.—Y la llamada de la brisa en los cristales del balcón.

MIGUEL.—Duerme, querida.

PILAR.—No puedo dormir. Tengo miedo... miedo a la noche, a la muerte que encontraremos fatalmente en nuestro camino, cerca... o lejos... no se sabe dónde.  
(*Largo silencio.*)

PILAR.—¿Oyes? Sí. ¡El alba! ¡Es el alba!

(*Las campanadas lentas y suaves del alba llegan una tras otra, penetran por el hueco del balcón y se alejan poco a poco, hasta morir en el fondo del valle.*)

MIGUEL.—La luz se acerca. Si pudiéramos volar hasta la cumbre de la montaña, veríamos la mancha roja de la aurora en el horizonte del mar.

PILAR.—Abramos el balcón. ¿Quieres? Ven conmigo, que sea para nosotros la primera sonrisa del sol.

(*Abren el balcón y se detienen enlazados en el umbral; el viento de la noche desparrama la luz de los cirios.*)

MIGUEL.—Aún es de noche.

PILAR.—Sí, pero allá... ¿lo ves? En el pedacito de cielo que se extiende por encima de la montaña, la sombra se clarea... apenas... apenas... una gota de luz en un lago de tinieblas.

MIGUEL.—Es él. El sol. Aún está lejos. En la costa es el alba; aquí, en el valle, es aún la noche.

PILAR.—¡Ahora sí! No, no me engaño. ¿Oyes? Pero, ¡cuán leve, cuán distante aún.! Como el estremecimiento de las alas de un insecto de metal.

MIGUEL.—Nada oigo.

PILAR.—La brisa lo trae y lo lleva. Ahora se aleja, se pierde, se deshace como una ola... pero volverá.  
(*Silencio.*) Ya vuelve. La brisa lo trae. ¿Oyes? ¡Las cornetas, son las cornetas! Ya llegan. Ya están cerca. ¡Soledad!

MIGUEL.—Espera. Aún puedes engañarte. Déjala dormir.  
(*Suena la última campanada del alba.*)

PILAR.—La claridad aumenta. ¿La ves dilatarse poco a poco, abrirse en el cielo como un abanico de oro?

MIGUEL.—Detrás de la montaña el sol sube, poco a poco,

majestuosamente. Cuando asome por allí, por el borde de la cumbre, todo el valle quedará inundado de oro.

PILAR.—Por allí han de llegar. Ya se distingue casi toda la cuesta de los laureles. Aquella mancha blanca que poco a poco se acentúa entre la negrura de los árboles, es el molino de la Virgen.

MIGUEL.—Y más abajo, en el cauce del barranco, la ropa blanca, tendida a secar, parece una bandada de aves enormes.

PILAR.—¿Oyes ahora? ¡Cómo se destacan las notas, vivas, precipitadas, alegres!

MIGUEL.—Sí, son ellos. ¿Ves aquel grupo de mujeres a la entrada de la cuesta? ¿Ves la atención, la curiosidad con que miran?

PILAR.—¡El primer soldado! ¿Ves los pantalones rojos cómo asoman y se ocultan entre las ramas? (*Suena, ya próximo, el toque de las cornetas.*) Van a llegar. ¡Y Soledad que no despierta! ¡Soledad! ¡Soledad! ¡Despierta!

SOLEDAD.—¿Para qué me llamas? Aún es de noche.

PILAR.—¡El batallón! El batallón se acerca.

SOLEDAD.—(*Con un grito de alegría.*)

¡Julián viene!

PILAR.—Sí, Julián. ¡Ven con nosotros! ¡Al balcón! (*Penetra en la alcoba, cada vez más próximo, el resonar de las cornetas. La claridad aumenta. En el hueco luminoso del balcón se destacan las tres figuras de Soledad, Pilar y Miguel.*)

PILAR.—(*Señalando de improviso hacia la izquierda.*)

¡Ya están aquí!

MIGUEL.—Los primeros soldados salen del bosque a la carretera. Van a entrar en el pueblo.

SOLEDAD.—Ya se oye el ruido acompasado de la marcha.

PILAR.—¿Y Julián? ¿Lo ves?

SOLEDAD.—Aún no.

MIGUEL.—¡Con qué arrogancia desfilan! El toque de las cornetas llena todo el valle, las sombras retroceden, la tierra se estremece de alegría y de entusiasmo.

*(Cesa de improviso el toque de las cornetas, se oye el rumor de los pasos, el murmullo de las voces, el bullicio de la muchedumbre que precede y acompaña a los soldados.)*

PILAR.—Ya no tocan las cornetas.

SOLEDAD.—Los soldados se detienen.. paréceme haber oído una voz de mando.

MIGUEL.—La orden de formar.

*(Suena un agudo toque de cornetas.)*

PILAR.—La entrada en el pueblo.

MIGUEL.—Marchan a compás y las bayonetas centellean, ondulando como espigas de plata al soplo del viento.

*(Las tres figuras, destacándose enérgicamente sobre el fondo cada vez más luminoso del paisaje, miran afanosamente hacia la izquierda, hacia la entrada de la calle por donde llega el batallón.)*

PILAR.—¡Silencio! ¿Lo veis? Van a tocar. ¡Es el himno, el himno triunfal, el canto a la vida!

*(A lo lejos, rasgando el silencio del crepúsculo, suenan las primeras notas del himno «¡Viva la vida!» Es un preludio lánguido, perezoso, soñador, cortado a trechos por chispazos rápidos, centelleantes, como el grito jubiloso de la alondra que sube hasta los cielos, saludando el día, en la hora del amanecer... Después una melodía que oscila, tiembla y se arrastra rítmicamente, como el ondular de un lago... La cadencia se acelera, se acentúa, dibujando el contorno de una frase magnífica, orgullosa, triunfal que lentamente se despoja del ornamento melódico que la envuelve, para imponerse con irresistible soberbia.)*

SOLEDAD.—*(Dando un grito, tendiendo los brazos hacia afuera.)*

¡Es él! ¡Ya le veo! ¡Julián! ¡Padre! *(Precipitándose en la alcoba.)* ¡Padre! Despierta. ¡Es él! ¡Julián viene! ¡Julián está aquí!

DON SIXTO.—¿Qué dices? ¡Julián! ¡Mi hijo!

SOLEDAD.—¡Sí, es él! ¡Levántate, ven con nosotros! *(Le*

*arrastra hacia el balcón.)* ¿No oyes el himno? ¡Es el canto soberbio, magnífico, triunfal, el himno a la fuerza, a la alegría, a la luz! ¡Viva la vida!

*(El batallón entra en la plaza. La frase orgullosa, soberbia, triunfal, estalla debajo del balcón. Grandes aclamaciones fuera. En este momento, la abuela despierta y se alza trabajosamente del sillón, deslumbrada por la roja llama de la aurora, aturrida por la explosión irresistible de la música. Detiéndose vacilante, tendiendo los brazos ora al lecho, ora al balcón incendiado por la luz de la mañana, da algunos pasos, indecisa, y al fin se precipita hacia el balcón.*

*El sol traspasa la cumbre de la montaña. Un mar de oro se precipita en la alcoba. Entre los cuatro cirios, cuya llama se dobla y oscila al rudo soplo del viento, la muerta se queda sola.)*

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS.